

¿BLANCO O NEGRO?

Por Antonio J. Colorado

El profesor Daniel Boorstin estuvo en Puerto Rico tres meses, traído aquí por la Universidad. Poco después de regresar a los Estados Unidos publicó en la Revista de Yale un artículo sobre nuestro país, que el *El Mundo* hizo traducir y publicó en serie.

El artículo en cuestión ha disgustado a unos, mientras que otros se muestran entusiasmados con él. Teodoro Moscoso, el Director de Fomento Industrial, nos dice que ni "unos ni otros tienen razón porque este artículo *no puede estar enteramente desacertado ni enteramente acertado.*" Condena el Sr. Moscoso que "la gente se divida como si las cosas fuesen absolutamente negras o absolutamente blancas, cuando la realidad es que nunca o casi nunca son ni lo uno ni lo otro porque la gama del gris es infinita."

Lo anterior es una manera tan equívoca de usar los conceptos que crea una confusión. Porque a la verdad, el gris puede ser tan intenso que casi raye en lo negro, o tan tenue que se confunda con lo blanco. O sea que el artículo puede estar bien o puede estar mal, en cuyo caso merece la aprobación, si lo primero, y la desaprobación, si lo segundo. Para el Sr. Moscoso, no puede estar "enteramente desacertado ni enteramente acertado." Pero ¿cuál es el grado de desacierto y cuál el de acierto? Lo que interesa al público no es la perogrullada de que no hay nada absoluto o sea "enteramente"; sino si merece reprobación o aprobación ese artículo, y por qué.

Desvestido de su ropaje académico y sus pretensiones de objetividad, el artículo de Boorstin viene a decir en síntesis que los puertorriqueños somos unos ilusos que nos empeñamos en buscarnos una historia "brillante", cuando que apenas si tenemos historia; y una personalidad cultural que maldita la falta que nos hace, en lugar de aplicarnos a ver nuestros defectos y limitaciones para aprovechar la coyuntura que nos ofrece la asociación con los Estados Unidos. Eso, naturalmente, no aparece con la crudeza que lo exponemos aquí; pero le parecerá claro a quien lea el artículo con un poco de atención y sin beatería.

Primero lo debemos situar en su escenario. Porque en los momentos mismos en que se escribe ese artículo, se está discutiendo en Puerto Rico lo de si somos o no somos, si tenemos o no una cultura nacional, si somos occidentales a secas u occidentales puertorriqueños. La discusión empezó, en su forma externa, hace más de un año entre el Rector de la Universidad

y el Gobernador de Puerto Rico, aunque ninguno de los dos quisiera que hubiera sido así.

Naturalmente, se han formado grupos o bandos. Y siguiendo la lógica del Sr. Moscoso, sería casi imposible discutir, porque como nadie tiene nunca *enteramente* la razón, no se sabe quién la tiene; y porque al Sr. Moscoso le parece mal que exista una *profunda división* en estas cosas: la división debe ser superficial. Que nadie se apasione, entendiéndose por tal discutir las cosas con calor y entusiasmo. Los argumentos, los datos parecen no importar mucho. Lo importante es no acalorarse. ¡Cómo si no hubiera quien, al parecer fríamente, diga las mayores falacias, y quien, al parecer apasionadamente puede decir las mayores verdades!

Nada que valga verdaderamente la pena se discute sin pasión. Claro, que hay apasionados que pueden perder la razón. Pero éstos no discuten, disputan. Después de todo, la pasión es una razón, aunque no una lógica formal. Hemos notado que una forma de rehuir la discusión es acusar al opositor de apasionado, sin atender a sus razones.

Las cosas así, ya no hay grises en este asunto, sino blancos y negros. O lo que es lo mismo, nadie quiere ver tonalidades del gris, porque si nos situamos en el medio, no somos ni una cosa ni otra y estaríamos de acuerdo, cuando que en verdad no lo estamos, pese a las buenas intenciones de los desapasionados.

Tan subido es el tono gris del Sr. Boorstin, que se pasa de oscuro. Su negrura se compone de algunas verdades a medias o medias verdades, sentido de paternalismo, superficialidad, presunción y desconocimiento de lo que habla — empieza por desconocer el idioma y la historia de nuestro pueblo, instrumentos esenciales para penetrar en las cosas finas del espíritu.

Afirma el Sr. Boorstin que al otorgárse nos el status de estado libre asociado, se ha producido en nosotros una frustración y pérdida del sentido de la orientación, porque lo que éramos en nosotros mismos tenía su clave en la imagen que nos habíamos formado de los Estados Unidos y, como tuvimos que revisar aquella imagen al concedérse nos el estado libre asociado, nos encontramos perdidos. En otras palabras, vivíamos y éramos — lo que fuéramos —, en gracia a que nos fastidiaban los Estados Unidos; pero como ahora ya no nos fastidian, estamos perdidos. La característica de nuestro ser *radicaba* en que teníamos una queja contra los Estados Unidos; pero como hoy no la tenemos — según Boorstin — hacemos traslación de ese sentido de *quejosidad*, fabricándonos una historia brillante y hablando pomposamente de una “Alta Cultura Puertorriqueña”.

Es la teoría psicológica de la compensación aplicada a un pueblo. Sólo que, en primer lugar, aquí nadie con dos dedos de frente, trata de fabricar una Alta Cultura ni una historia brillante. Eso es lo que se nos achaca por los *desapasionados*, a los cuales naturalmente se suma el Sr. Boorstin.

En segundo lugar ¿desde cuándo se explica el anhelo y la voluntad de personalidad histórica y cultural de un pueblo, como mera reacción ante la

pérdida de un motivo de queja? En tercer lugar ¿de dónde se saca el Sr. Boorstin que hemos llegado ya al Paraíso Terrenal, y no tenemos, por lo tanto, ningún motivo de queja o agravio?

Es posible que en Puerto Rico exista un pequeño grupo de resentidos o de incompensados que para orear su resentimiento o buscar compensación, traten de exagerar su puertorriqueñidad. Pero nos parece que la gran mayoría de los puertorriqueños y de los intelectuales puertorriqueños no buscan la afirmación de su modo de ser exclusiva o principalmente por ninguna compensación o resentimiento. Sino como una necesidad espiritual y una natural voluntad de identificación.

Habla el Sr. Boorstin de que "las principales figuras del pensamiento político puertorriqueño — hombres como Muñoz Rivera y Pedreira— (?) tuvieron muy poco que decir sobre los grandes problemas de la teoría política. Bien, aparte de la impropiedad de encasillar a Pedreira con Muñoz como pensadores políticos, cabe preguntarle al Sr. Boorstin si él sabe algo de De Hostos, Baldorioty de Castro, Ruiz Belvis, José María Quiñones, Francisco Mariano Quiñones y — en nuestra época — Luis Muñoz Morales y otros. Ciertamente que aunque no marcan jalones en el desarrollo del pensamiento político del mundo, fueron en su momento hombres que hicieron su aportación; y para descartarlos en absoluto como hace Boorstin, hay por lo menos que haberlos hojeado antes, como es evidente que no ha hecho Boorstin. Pero, en último análisis y apurando el argumento, los grandes aportadores al pensamiento político del mundo son habas contadas, y hay pueblos que no han hecho aportación alguna en ese orden, a los cuales, sin embargo, nadie negaría personalidad cultural y formación histórica.

Es posible que nuestro Gobernador se pregunte qué es ser puertorriqueño. Pero no se lo pregunta porque dude que tal cosa sea una realidad, como parece sugerir Boorstin. Se lo pregunta para aclararse a sí mismo los contornos de esa realidad, y buscar aquellas notas de nuestra personalidad que deban afirmarse para mayor elevación y dignificación de este pueblo. El Gobernador no busca "desesperadamente" esa personalidad; la busca amorosamente para, entre otras cosas, precisarla ante los ojos aturridos de los que no quieren ver.

Para los Boorstines — que desgraciadamente los hay nativos e importados — tal cosa como una personalidad de este pueblo no existe. Y, además, se regocijan de que no exista, porque les parece un estorbo. Todas estas islas del Caribe son iguales para el Sr. Boorstin, y con desenfado afirma lo que "alguien" dijera: que no tienen otra cosa que exportar, salvo sus enfermedades.

Para rematar con la puntilla a su víctima propiciatoria, Boorstin cita la frase atribuida a aquel burócrata español que diz que dijo que "Puerto Rico era el cadáver de una sociedad que *nunca* había nacido". Pero sobre este punto, oigamos palabras del profesor universitario de Historia de Puerto Rico, Dr. Antonio Rivera:

“En 1839, vivió aquí un español, de oficio escribiente de correos y poeta por compensación. No sabemos si residió en nuestra isla por más tiempo que los tres meses del Sr. Boorstin. De cualquier manera, el rumor le atribuyó a nuestro burócrata peninsular la mordaz crítica de Puerto Rico, que nuestro moderno Cristóbal Colón traduce de esta guisa: “the corpse of a society that has never been born.” La traducción no es exacta, porque la palabra *never* no estaba comprendida en la fuente apócrifa. Pero sin duda que falta el buen juicio, cuando se recurre a tan frágil apoyo en beneficio de la insólita acusación del Sr. Boorstin.”

Que al Sr. Boorstin no le parece mal la frase del burócrata de marras, está claro por lo que sigue, aunque trate de atenuarlo torpemente:

“Este mordaz juicio—dice Boorstin—es, desde luego, una calumnia contra el espíritu vital del Puerto Rico contemporáneo.... Pero la calumnia del siglo diecinueve, puede todavía parafrasearse para describir con exactitud el considerable número de intelectuales puertorriqueños quienes, con ciego entusiasmo pomposo, buscan el ‘resurgimiento’ de una cultura que nunca nació por vez primera....”

Y añade:

“Por mediación del Ateneo (la academia de Artes y Letras de Puerto Rico), los periódicos diarios, y en muchas otras formas, ellos (los intelectuales puertorriqueños) buscan ‘descubrir’ (inventar, sería más exacto) una Alta Cultura Puertorriqueña completa, con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores. Recolectando santos (pequeñas imágenes religiosas de madera tallada o modeladas en yeso por aficionados para usos domésticos), idealizando románticamente la imagen del jíbaro, y estimulando las artesanías del tejido y la alfarería, tratan también de exorcisar una rica Cultura Popular. A la larga, los resultados de este dual esfuerzos no es probable que engañen a nadie. No convencerán ni a los puertorriqueños ni a otros que la isla posee un carácter propio.”

Lo anterior es una grotesca falsificación y una burla de la actitud de Luis Muñoz Marín y de los que hemos cometido el pecado de secundarle. No es gris, es simplemente negro. Cuando menos, y dominando la indignación que debiera producirnos, es una caricatura grosera, que toma el todo por la parte, y por la parte menos representativa. No sabemos cuáles son las “muchas otras formas” en que intentamos engañar a este pueblo; pero es evidente que una de ellas es el recién fundado Instituto de Cultura; y si alguien idealiza (entiéndase dignifica) al jíbaro, nadie le disputaría la palma en esa noble hazaña a Luis Muñoz Marín.

Prosigue Boorstin:

“Entre la clase de literatos se escucha a menudo el lamento de que nunca ha habido una historia comprensiva de Puerto Rico.

artística, académica y de primera clase. Esto se ha convertido en una forma de acusación, que por evidencia propia, se da por supuesto que cierra el argumento contra la Universidad de Puerto Rico, mientras tanto en la propia Universidad encontramos una casi patológica preocupación con la historia de Puerto Rico, la cual está para convertirse en una de las más florecientes industrias académicas de la Isla. En muchas partes (?) de la Universidad se exige un curso extensivo en la historia de Puerto Rico, el que atrae para sí una de las más nutridas matrículas. Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son "Especialistas" en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico. No obstante, los críticos de la Universidad deploran la falta de atención que allí se da al pasado local; y los profesores prometen hacer mayores esfuerzos con la historia de Puerto Rico en el futuro."

El anterior párrafo no tiene desperdicio en cuanto a exageración y falsedad. Pero dejemos que uno de los aludidos y entendidos, el Dr. Antonio Rivera, miembro distinguido y antiguo del Departamento de Historia, salga por los fueros de la verdad:

"....Queremos que se entienda que no ponemos en tela de juicio los motivos o intenciones del Sr. Boorstin, ni aventuramos juicios sobre la honradez de su enfoque académico. A veces, no obstante, nos deja estupefactos la torpeza moral que podría extraerse de algunas de sus desgraciadas vaguedades. Y como una muestra más de su falaz raciocinio, consideramos las siguientes palabras: "Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son 'Especialistas' (Las comillas y la E mayúscula las puso él) en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico."

Por esta vez, el Sr. Boorstin está completamente equivocado, y nos es imposible determinar de si ha sido víctima de erróneos celos departamentales, o se hizo partícipe de mal intencionados rumores. Nadie en nuestro Departamento de Historia, nuevo o antiguo, es un 'Especialista' en campo alguno de Historia de Puerto Rico. Las especialidades son inconcebibles allí donde sólo hay un mísero y solitario curso de 'Historia de Puerto Rico'. No tenemos cursos en el Período Colonial o en períodos posteriores, ni los tenemos en los aspectos políticos, sociales o culturales de nuestro 'largo pasado'. ¿Cómo puede ser nadie un especialista en este Departamento, cuando todos nosotros nos hemos "barrenado" el camino trabajosamente hacia la Historia de Puerto Rico, desde facultades y escuelas inadecuadas para tal especialización? Aún hoy, porque sólo tenemos un curso, y nunca tuvimos más de uno, algunos de nosotros tenemos que sumar parte de nuestro tiempo lectivo sierviendo a los Colegios de Educación y de Ciencias Sociales..."

Por si fuera poco, los profesores de Historia de la Universidad de Puerto Rico saben que durante las vacaciones que, pagadas por la Universi-

dad, pasó aquí el Sr. Boorstin, no tuvo siquiera la gentileza de sostener una sola conversación con un solo miembro del Departamento de Historia. Es sencillamente increíble que persona que así procede, se permita afirmar dogmáticamente lo que no se tomó el trabajo mínimo de investigar. No cabe la más remota duda que lo que dice Boorstin sobre los intelectuales puertorriqueños, los profesores de historia y nuestra cultura no lo dice por experiencia y conciencia propias.

Por lo que a nuestra humilde persona respecta, debo decir que hablé con el Sr. Boorstin, quien vino a verme a mi oficina para pedirme publicaciones sobre Puerto Rico, las que le di con la mejor voluntad. Aun cuando tiene buen cuidado de no mencionar mi nombre, hace malísima ausencia de las ideas que le expresé, tergiversando, caricaturizando y utilizando para sus fines cosas que le expliqué con claridad y sencillez.

Creo que el Sr. Moscoso debe releer el escrito de Boorstin, a fin de que forme un juicio sensato sobre la intensidad de su gris. Finalmente, me permito sugerir que Boorstin no es Boorstin en cuanto a la base de su tesis. Tácheseme de "ciclón tropical" y apasionado pero atiéndase la razón que a mi sinrazón asiste.

(Reproducido de El Mundo)